



Alambique. Revista académica de
ciencia ficción y fantasía / Jornal
acadêmico de ficção científica e
fantasia


Volume 4 | Issue 1

Article 1

Un “viage”, publicado en México, en 1835, como corolario del Gran Fraude Lunar

Miguel A. Fernández Delgado MAFD
University of South Florida, migandf@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/alambique>

 Part of the [Comparative Literature Commons](#), and the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Fernández Delgado, Miguel A. MAFD (2016) "Un “viage”, publicado en México, en 1835, como corolario del Gran Fraude Lunar," *Alambique. Revista académica de ciencia ficción y fantasía / Jornal acadêmico de ficção científica e fantasia*: Vol. 4 : Iss. 1 , Article 1.

<https://www.doi.org/http://dx.doi.org/10.5038/2167-6577.4.1.1>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/alambique/vol4/iss1/1>

Authors retain copyright of their material under a [Creative Commons Attribution-Noncommercial 4.0 License](#).

Desde los tiempos de Luciano de Samosata, en el siglo II de nuestra era, y seguramente en épocas más lejanas, a partir de la tradición oral de la que derivaron, entre otras obras, la *Odisea*, la literatura de viajes ha sido considerada un lugar adecuado para insertar grandes, medianos o inocentes vuelos de la imaginación.

La era de los descubrimientos, no obstante su cercanía en tiempo con la revolución científica iniciada por Copérnico y Vesalio, no fue la salvedad, y concedió nueva vida a mitos y leyendas de varia índole. Los ejemplos sobran entre la generalidad de las crónicas de navegantes y exploradores europeos, sin que los nuevos mapas, que se suponían destinados a reflejar más precisamente la fisonomía del orbe, dejaran de poblarlo de lugares legendarios y seres monstruosos (Hill 27-37). Algunas relaciones geográficas llegaron a introducirse, por este motivo, en el lenguaje popular. Tal fue el caso de *Peregrinação* de Fernão Mendes Pinto, acerca de sus viajes por Japón, China y el Extremo Oriente. El éxito que acompañó al libro al publicarse, en 1614, junto con sus traducciones, poco después, al español, alemán e inglés, fue puesto en duda mientras aumentaron las críticas de los expertos, que negaban veracidad a varios episodios y entonces se acuñó un juego de palabras a partir del nombre del autor: “Fernão mente? Minto!” (¿Fernando miente? ¡Miento!) (Mahieu xxix).

Algo similar ocurrió cuando el universo se fue abriendo con parsimonia hacia el infinito, ante la mirada de escépticos y detractores, a partir de la especulación matemática de Copérnico y la evidencia ofrecida por el telescopio de Galileo y sus discípulos. Desde su alegórica obra de divulgación científica *Somnium, sive astronomia Lunaris* (1634), de la que se valió Johannes Kepler para realizar, primordialmente, un famoso *Gedankenexperiment* (Lear), pueden mencionarse ejemplos de viajes a nuestro satélite natural, para descubrirlo habitado por extraños animales y vegetales, e incluso seres inteligentes. Bien conocidos son los que publicaron en el siglo XVII Cyrano de Bergerac, Francis Godwin y John Wilkins. Entre 1700 y 1800, hay por lo menos otros quince aparecidos en Europa, de acuerdo con un estudio pionero (Gove 198-402), a los que podemos agregar el escrito en la península de Yucatán por el franciscano Manuel Antonio de Rivas en 1775 (Fernández). La mayoría de ellos cuentan con una muy grosera, por no decir nula, base científica, al seguir, primordialmente, la receta lucianesca de la sátira y la crítica de costumbres, o imitar, descaradamente, los *Viajes de Gulliver* (1726) de Swift. Sin embargo, debemos mencionar un par de ellos, porque parecen haber sugerido los escenarios y la fauna más llamativa descrita, según se dijo entonces, con ayuda del mejor telescopio de su tiempo, de acuerdo con el relato atribuido a Sir John Herschel, precursor inmediato de nuestro “Viage a la Luna”.

En *Life and Adventures of Peter Wilkins* (1750), del abogado Robert Paltock, el protagonista encuentra herida a una hermosa mujer alada, perteneciente a la raza de los Glumm, un pueblo de seres humanoides que vive en un lugar paradisiaco, alimentándose de frutas y hierbas, y de platillos preparados a partir de ellos, con la que llega a procrear una familia de hombres alados (Paltock cap. xiv). El poeta Robert Southey celebró a esta especie llamándola “the most beautiful creatures of imagination that ever were devised” (Gove 325). Las similitudes entre estas *creaturas* y la descripción de los seres alados que aparecen en el fraude orquestado por Richard Adams Locke, ya las había advertido Edgar Allan Poe (39).

Por su parte, en *La découverte australe par un homme volant, ou le Dédale français* (1781), una de las novelas más complejas e imaginativamente barrocas de Restif de la Bretonne, el protagonista inventa, con un asistente, un traje que le permite volar y robar a la mujer que ama. Junto con otros, funda una colonia en la isla Christine, donde establece relaciones con los gigantes patagones y descubre, en las islas vecinas, otras razas insólitas, híbridos de humanos con perros, ratas, cabras, toros, ranas, osos,

leones, serpientes..., a los que puede observar y contactar, cuando es conveniente, gracias a su traje especial. A las ilustraciones de Louis Binet se debió, particularmente, la clave de su éxito (Restif; Trousson 209-11; Versins 742-5).

Pero los viajes lunares que realmente nos interesan, dentro de la genealogía del cuento que presentamos, son aquellos que se dieron por verídicos. Sabemos que Luciano escribió su *Historia verdadera* (c. 160), relato cargado de ironía desde su título, para mofarse de obras como *De las cosas increíbles que se ven al otro lado de Tule* (s. II), de Antonio Diógenes, con la crónica del supuesto viaje que realizó al norte de Europa, Islandia y, de aquí, por su propio pie, hasta la Luna (García vii).

Seguramente varios de los viajes mencionados, sobre todo a partir del siglo XVII, crearon inquietudes entre sus lectores, e hicieron pensar, a más de uno de ellos, que la Luna debía estar habitada por una miríada de seres, al igual que la Tierra. En 1823, el reverendo Thomas Dick inauguró el estudio de la demografía planetaria al publicar un cálculo sobre la población del sistema solar, que estimó en veintiún billones de habitantes. Nunca dudó que en la superficie lunar abundaba la vida, e incluso los seres inteligentes que habían construido enigmáticas edificaciones, las cuales, aseguró, podrían ser vistas con mejores telescopios, como uno que él mismo había inventado (Hall; “The Great Moon Hoax”; Griggs 9-18). Al año siguiente, el médico y astrónomo bávaro, barón Franz von Paula Gruithuisen, publicó una obra sobre supuestas construcciones lunares, pues creyó ver una ciudad y sus calles en una serie de protuberancias, similares a huesos de pescado, al norte del cráter Schröter (Hall; Griggs 8, 14). Quizá Gruithuisen haya sido uno de los astrónomos alemanes a los que se refiere Griggs como precursores en su relato del Gran Fraude Lunar, lo cual interesa recordar por la nacionalidad de los personajes que protagonizan el anónimo cuento que más adelante ofrecemos.

En junio de 1835, en las páginas del *Southern Literary Messenger*, Edgar Allan Poe publicó “The unparalleled adventure of one Hans Pfall”, historia con pretensiones de auténtico relato de viajes, que fracasó en su intento, por cierta dosis de humor lucianesco y del suyo propio, pues, como aseguró con posterioridad, nunca tuvo la intención de hacerlo pasar por verídico (Poe 38, 41).

Pero lo escrito por Poe inspiró algo más ambicioso a un nuevo periodista del periódico rival, *The New York Sun*. El inglés Richard Adams Locke (1800-1871), había llegado con su familia, en 1831, a probar suerte como escritor en Nueva York. Era pariente, aunque no en línea directa, del filósofo John Locke; no obstante, mientras que John estudió los límites del entendimiento humano, Richard probó el alcance de la credulidad de sus congéneres.

El viernes 21 de agosto de 1835, en las páginas del diario mencionado, apareció una noticia sobre el viaje del astrónomo Sir John Herschel (1792-1871) al Cabo de Buena Esperanza, para poner a prueba un nuevo e inmenso telescopio, con el que había comenzado a realizar notables descubrimientos astronómicos. En efecto, el hijo del no menos renombrado astrónomo William Herschel llevó a cabo labores de investigación en Sudáfrica, entre 1833 y 1838. No obstante, lo anterior fue lo único cierto en toda la serie de hallazgos que se le atribuyeron en *The New York Sun*, a través de un tal Dr. Andrew Grant, supuesto discípulo del padre de John Herschel. Lo mismo sucedería con las notas sobre avistamientos lunares que aparecieron a partir del martes 25 de agosto, y que fueron supuestamente tomadas de un suplemento al *Edinburgh Journal of Science*, el cual, pocos sabían, había dejado de existir un par de años atrás. Sin embargo, los elementos internos y externos, tanto de la fuente informativa como de la sociedad que lo recibió, se combinaron para orquestar uno de los fraudes más conspicuos de la historia (Griggs, 3-45; “The Great Moon Hoax”).

Como si se tratara de una novela por entregas, en donde los acontecimientos se sucedían con una expectación *in crescendo*, cada día se daba noticia de un hallazgo más sorprendente que el anterior. Al avistamiento de simples rocas y plantas con grandes similitudes a las terrestres, sucedieron los de vegetales más complejos y bosques, algunas aves y mamíferos, un volcán en erupción, y más animales sorprendentes, como un castor bípedo que vivía en chozas primitivas. El viernes 28 de agosto, se dio noticia de la que, se dio a entender, era la especie más desarrollada en el orbe lunar, el *vespertilio-homo*, antropoide cubierto de vello y dotado de alas similares a las de un murciélago, que llevaba una vida activa y alegre alrededor de lagos y valles donde la naturaleza había sido generosa.

Al día siguiente, para que la sorpresa no decayera, se informó de la existencia de un templo lunar construido en brillante zafiro y rematado con una especie de hogar con llamas que se elevaban dentro de una esfera de un material parecido al cobre. En la última entrega, publicada el lunes 31 de agosto, se dio cuenta sobre la presencia, en las cercanías del edificio avistado previamente, de una raza distinta de *vespertilio-homo*, de color de piel más claro y mayor estatura, que gastaba el tiempo en comer fruta, volar, nadar en el lago y convivir en armonía con los suyos. La serie desconcertante de notas concluyó cuando, según se dijo, un error humano ocasionó un pequeño incendio en el improvisado observatorio. Al volver a apuntar el telescopio hacia las anteriores maravillas, la Luna dejó de ser visible. Para consuelo de los ávidos lectores, el Dr. Grant informó que pronto Sir John Herschel publicaría una historia natural de nuestro satélite.

Las ilustraciones que acompañaron los reportajes del *The New York Sun*, atribuidas a Benjamin Day, también abonaron al éxito del fraudulento reportaje ("The Great Moon Hoax").

Puesto que la historia mencionada de la autoría de Poe volvió a publicarse unas tres semanas antes del comienzo del reportaje sobre los supuestos descubrimientos de Herschel, se le comenzó a señalar como responsable de la sorprendente historia serializada en *The New York Sun*. Entonces escribió en su defensa un artículo (Poe 38-41), atribuyendo la responsabilidad de la historia a Richard Adams Locke, en donde también fustigó la ignorancia de los lectores, entre los que incluyó algunos científicos y académicos –aseguró que cerca de uno de cada diez la creyó–, entre ellos un profesor de matemáticas, en una universidad de Virginia, que se tragó la crónica lunar completa (Griggs 22). Entre otras razones, explicó que ningún telescopio podría permitir una visión de ningún ser vivo en la Luna, dado que existiera, que no semejara una mosca sobre la pared. A pesar de ello, en el diario se describían texturas de flores y vegetales, e incluso la forma y el color de ojos de ciertos pájaros. Asimismo, subrayó la inexistencia de cuerpos acuáticos selenitas, no obstante las denominaciones *Mare Nubium*, *Mare Tranquillitatis*, y otras similares. Por último, señaló, como ya adelantamos, la semejanza de lo contado por Locke y algunos seres y pasajes de la novela de Paltock.

Locke sólo reconoció tardíamente en su vida la autoría del fraude, pero al principio se limitó a decir que había que esperar la llegada de más noticias de Europa. Los escépticos le pidieron les dejara consultar el suplemento al *Edinburgh Journal of Science*, pero alegó que ya no tenía el ejemplar, pues lo había enviado a una imprenta para hacer reediciones del reportaje; también trataron de interrogar al dueño del periódico, pero todo resultó inútil (Griggs 27-8). El engaño comenzó a revelarse para algunos, aunque muchos otros no lo vieron así, pues creían, como sucede en casos similares, que se tramaba una conspiración.

Cuando Sir John Herschel se enteró de lo sucedido, primero lo tomó como una ocurrencia graciosa, pero luego, ante la insistencia del público para que hablara sobre el tema, comenzó a disgustarse (Griggs 37-40).

El que fuera conocido, a partir de entonces, como Gran Fraude Lunar (Great Moon Hoax) o Historia Lunar (Moon-Story), alcanzó fama y fue considerado verídico por los motivos enumerados por Griggs (22) y el blog del Museo de los Fraudes de San Diego (“Great Moon Hoax”), los cuales pueden resumirse en los sucesos mencionados que antecedieron al evento y el prestigio que habían cobrado, a nivel popular, los adelantos y logros científicos al inicio del siglo XIX.

El reportaje del *The New York Sun* se vendió como pan caliente, incluyendo sobretiros y versiones en folleto. Griggs menciona veinte mil copias distribuidas sólo en la ciudad de Nueva York, y otras tantas impresas para el resto de los Estados Unidos, algunas de ellas con litografías de mayor tamaño a las aparecidas originalmente en el diario (22). Unas damas devotas de Springfield, Massachusetts, comenzaron a organizar a un grupo de misioneros para que fueran a predicar a la nueva especie de seres inteligentes (36). Asimismo se montaron espectáculos, como dioramas y obras de teatro, inspirados en los supuestos descubrimientos (36).

También se tradujo la crónica lunar para publicarse en otras lenguas y naciones, en las que alcanzó resultados muy parecidos. En Francia, el reportaje apareció como *Extrait des découvertes dans la Lune, faites au Cap de Bonne-Espérance, en janvier 1835, par Herschel Fils, astronome anglais, traduit de l’Américain de New-York, septembre 1836*. Con la salvedad del parisino *Le Constitutionnel*, donde el astrónomo François Arago, presidente de la Academia Francesa de Ciencias, manifestó que todo se trataba de un montaje para desprestigiar a su colega Sir John Herschel (Griggs 32-4), ningún otro diario lo puso en duda. El reportaje lo publicó en París Clermont-Ferrand, pero Versins conoció otras ediciones en la misma capital, y una más en Lausanne, la cual incluía, a manera de apéndice, un texto denominado *A mes concitoyens. Réflexions au sujet des nouvelles découvertes de M. Herschel dans la Lune*, firmado por un tal Secrétan-Mercier, ingeniero óptico, que discurre sobre la posibilidad de construir un telescopio gigante para poder contemplar a los habitantes de la Luna, aunque concluye que sería imposible. Los simiescos seres voladores inspiraron también a Louis Desnoyers su *Publication complète des Nouvelles découvertes de Sir John Herschel dans le ciel austral et dans la Lune* (marzo, 1836) que, de acuerdo con Versins, debe más a Fourier que al fraude lunar de Locke (Versins 545-6).

En México, las mismas crónicas fueron traducidas del inglés y publicadas en forma de folleto, por el destacado médico y político José Ramón Pacheco, con el título de *Grandes descubrimientos astronómicos, hechos últimamente en el Cabo de Buena Esperanza, por Sir Juan Herschell [sic]. Suplemento al periódico científico de Edimburgo. Traducido del inglés al español por J. R. Pacheco*, México, impreso por Ignacio Cumplido, 1835. 40p. (Moreno 421). Es de creerse que tuvo mucho éxito, pues el mismo año apareció una segunda edición (Villaseñor 101).

Lamentablemente, no hemos encontrado más datos sobre la forma en que el Gran Fraude Lunar fue recibido en México, salvo lo que hemos comentado. Empero, el anónimo “Viage a la Luna, de dos atrevidos alemanes, verificado en 1835; y una sucinta relación de lo que observaron en aquel planeta, traducido de un periódico de Londres”, que enseguida ofrecemos, parece adelantar algunos elementos de dicha recepción, puesto que recupera más de una escena y el espíritu del reportaje del *New York Sun*. Al no haber encontrado versiones del “Viage” en otras lenguas o algunas similares en otros países, es creíble que haya sido escrito en México, donde apareció originalmente, publicado en los inicios de uno de los talleres de imprenta que llegaría a contarse entre los más renombrados.

Ignacio Cumplido (1811-1887), natural de Guadalajara, trabajó en el Museo Nacional, donde tuvo a su cargo la curaduría de la sala de historia natural, pero no tardó

en dedicarse de lleno al trabajo de imprenta. En 1833, abrió su propio taller, por lo que los folletos sobre el Gran Fraude Lunar se contaron entre sus primeros trabajos, si bien sería recordado, con plena justicia, gracias a otros de mayor trascendencia, y por haber fundado el famoso periódico liberal *El Siglo XIX* ("Ignacio Cumplido"; Villaseñor).

Sin ánimo de adelantar parte alguna del cuento que viene a continuación, no es creíble, sobre todo por su final, que alguien lo tomara por verídico, ni que hubiera sido la intención de su anónimo autor/a que por tal se diera. Simplemente parece haber querido dedicarse a crear una historia chusca de aventuras dentro del universo imaginativo que se abrió a partir del Gran Fraude Lunar.

Agradezco a mi gran amigo y colega Agustín Jaureguizar, descubridor de este cuento en la Biblioteca Nacional de España, dármelo a conocer y obsequiarme una fotocopia del mismo. En la transcripción se ha respetado la ortografía y puntuación del original. También agradezco a mi amiga Susana Sussmann, científica y escritora, por sus comentarios al texto.

Viage a la Luna, de dos atrevidos alemanes, verificado en 1835; y una sucinta relación de lo que observaron en aquel planeta, traducido de un periódico de Londres.

México: Impreso por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes núm. 2, 1835.

Pedro y José Vericrer, hermanos, jóvenes de 25 á 30 años, nacidos en Alemania, á las márgenes del Danubio, cerca de Viena, en un pequeño cortijo; no tuvieron desde su niñez otra ocupacion, que pastorear en los campos un pequeño rebaño de su padre Angelo Vericrer, que yacía en la ancianidad. En la humilde condicion á que estaba reducida esta familia, no era de estrañarse que Pedro y José carecieran de la educacion cuidadosa y científica que proporcionan los grandes recursos; pero sea por inclinacion natural, ó por la habitud que ordinariamente tienen los pastores de estar mirando siempre á las estrellas, llegaron á concebir los nuestros una estremada pasion por la *astronomía*, aun sin saber todavia el significado de esta palabra. En el silencio de la noche, cuando ningun objeto terrestre llamaba la atencion de Pedro y de José, recostados estos sobre la fresca yerba, al lado de su ganado y de sus perros, contemplaban atónitos el cielo, en cuya vasta estension giraban ordenadamente los astros, brillando en luces infinitas y lejanas. La Luna, ese hermoso luminar que preside la noche, y que avanzándose majestuosamente ácia al [*sic*] centro del espacio, parecía como una gran lámpara suspendida en medio de la bóveda azulada: ese planeta, cuya pálida luz inspira en las soledades una dulce melancolía; ese satélite de la tierra, que por mas cercano, ha sido el objeto mas frecuentado de las investigaciones de los astrónomos y de los filósofos; la Luna, repetimos, era la que mas fijaba la atencion de nuestros rústicos observadores.

Absortos y confundidos con la variacion de sus faces, y el modo lento y parcial con que llegaba á iluminar todo su disco, estaban muy lejos de imaginar que la misma tierra que pisaban era la causa de ese fenómeno, y solo se contentaban con seguir paso á paso su carrera, hasta que la veían sepultarse en el lejano horizonte. ¡Pluguiera al cielo, decía Pedro, que yo pudiera instruirme de ese admirable mecanismo, y que algun dia me viese en estado de ser el almanaquero de Alemania!

Fuélo en efecto: el padre de estos jóvenes, el anciano cabrero *Angelo Vericrer*, era nada menos que el heredero del Ducado de Berg¹, en Wesphalia. Sucesos desgraciados y verdaderamente romancescos, lo habian reducido á una tan miserable condicion; pero ya casi cercano á la tumba, le fueron restituidos sus honores y riquezas. Con ellas pudo poner á sus hijos en estado de dedicarse á las ciencias, y ya se infiere

que la que eligieron fué su favorita la astronomía. Los progresos que hicieron en esta ciencia encantadora, no son tan notorios en Alemania, como lo ha sido el arrojó, la temeridad, ó mejor diré, el noble, aunque inconcebible atrevimiento, de intentar y realizar en efecto un viage aereo á la Luna, que suponian habitada. Cuando publicaron este propósito en las gacetas y demás papeles públicos, unos compadecían el estado miserable de sus cabezas, y otros menos prudentes acudian á su palacio á romper los cristales de sus ventanas, y á llenarlos de injurias. Empero nuestros impertérritos astrónomos, haciendo frente á la ignorancia popular, y como resentidos de un trato tan injusto ácia unos hombres que consagrados al estudio celeste, querían añadir á los timbres de su pátria, la gloria inmarcescible de haber producido dos hijos que fuesen los primeros y acaso los únicos, que se pusieran en contacto con los habitantes de otro planeta: digo, pues, que resentidos de esa ingratitud, se salieron furtivamente de Viena, y fueron á establecerse en la capital de Dusseldorf, del Ducado de su padre. Allí, pues, consolidaron el gran proyecto de su viage.

„El modo de realizarlo (decia Pedro, conferenciando con su hermano José) es procurando salvar la distancia que separa á la tierra de la Luna, distancia que está valuada, por un término medio, segun los mejores cálculos, en 85.324 leguas². Se salva esta distancia por una de dos maneras, ó por medio de una fuerza ascensional que lleve al viajero rápidamente ácia el zenit de nuestro globo, á tiempo que la Luna pase por él, ó bien descendiendo por el espacio hasta colocarse bajo el hemisferio inferior del mismo globo, de manera que al pasar la Luna por el punto del nadir, se precipite uno en ella. No desconozco, añadía, que sea ascendiendo ó descendiendo, siempre es necesario dilatar en la marcha mas ó menos dias, á medida de la ligereza del gaz [*sic*] para subir, ó de la gravedad de nuestros cuerpos para bajar; pero todo ello resultará de la exactitud de nuestros cálculos, que serán formados de manera, que aunque la Luna pase cien veces sobre nuestras cabezas, ó bajo nuestros piés, siempre estemos seguros de llegar á abordarla.” Objetábale José, que el Mongolfieri³ que hubiera de construirse para ascender, estaba sujeto á ser impelido por el viento antes de salir de la atmósfera de la tierra, y llevado tal vez ácia el Mediodia, punto por donde la Luna no transitaba, pues se sabe que su movimiento en derredor de la tierra es de Oriente á Occidente: que por otra parte ningun ser podía salir de su atmósfera sin perecer en la demanda, y que el aeronauta que mas ascendió no pasó de dos leguas en direccion vertical por falta de respiracion⁴. Pero Pedro insistió en que esa falta era muy fácil de remediarse, llevando el aeronauta consigo una caja herméticamente cerrada que contuviera aire atmosférico, bastante para respirarlo durante el tiempo de la ascension, y que de este arbitrio pensaba hacer uso, no precisamente para ascender, sino para bajar al vacio en solicitud de la Luna, porque consideraba mas seguro llegar á ella por el medio de la gravitacion, que por el de la ligereza del gaz [*sic*] hidrógeno. Este discurso, hizo dar á José dos ó tres pasos atrás, como si hubiera sido herido de un rayo. En vano alegó á su hermano que solo la tierra tenia la virtud de atraer los cuerpos suspendidos, y que en el espacio, lejos de la atmósfera de los planetas, se mantendrian aquellos estacionarios, á manera de los mundos que giran sobre nuestras cabezas. Citóle el ejemplo de Saturno, cuyos anillos no son para otra cosa, segun la opinion de cierto astrónomo, que unos fragmentos de otro mundo destruido⁵, que al caer en el espacio fueron atraídos por el espesado Saturno, y que el resto lo habria sido probablemente por Venus, Palás, ó Vesta. Como quiera que sea, repuso Pedro, estoy decidido á manifestar al orbe todo, cuán distantes están las teorías de las realidades; y si tú por cobardía, ó por estar imbuido en esas opiniones, no quieres acompañarme, haré yo solo el viage. Picado vivamente José de que se tuviera en poco su valor, abrazó á su hermano, y le ofreció no separarse de él hasta morir.

Ya no se trataba de otra cosa que de elegir el camino mas corto para llegar al borde de nuestro mundo. Sabian muy bien que no podrian hallarlo ni por el Oriente, ni por el Occidente, porque haciendo la tierra su rotacion incesante en este sentido, se esponian á pasar y repasar por muchos años unos mismos mares sin encontrar el término, y así es, que se propusieron buscarlo por cualesquiera de los polos, que es la parte menos movible de la tierra, eligiendo en consecuencia el meridional ó antártico, como mas inclinado.

Despues de hechas todas sus prevenciones, provístose de globo y paracaida⁶ de grandes dimensiones, y de un número competente de instrumentos matemáticos, acompañados de algunos miembros de sociedades científicas, y de varios curiosos, salieron de Dusseldorf el 15 de marzo de 1834, y habiéndose embarcado en el Danubio, despues de una travesía alegre y divertida, entraron al Mar Negro, de allí al Rojo, y algun tiempo despues al Mar de Indias, haciendo descanso en la Isla de Cocos⁷. Dejémos ahora á nuestros viageros que se espliquen por sí mismos, como lo han hecho en un Diario de Viena, intitulado *La Mensonge*⁸, del cual copiamos los siguientes párrafos, entretanto se publica la *Relacion* circunstanciada de este viage, que está actualmente imprimiéndose en Francfort.

„Salimos de la Isla (dicen estos intrépidos astrónomos) en 28 de marzo de 1835, un año despues de nuestro embarque en el Danubio, y siguiendo la línea meridional con direccion al polo, nos encontramos detenidos por elevadas montañas de hielo, que hicimos desaparecer á cañonazos, abriéndose sucesivamente de este modo un canal suficiente á recibir el buque. El frio y obscuridad de esta region, eran insoportables, y muchos de nuestros compañeros de viage, no dejaron de arrepentirse de su curiosidad; pero al fin, despues de infinitos padecimientos, llegamos por este lado al término del mundo, habiendo conocido por nuestras observaciones, que estábamos situados sobre la estremidad de su eje, de manera que como en un balcon, podiamos asomarnos á considerar el espacio inmenso que nos esperaba, y al que ningun mortal osó jamás bajar ni aun con el pensamiento.

Entretanto que sobre la cubierta del buque se colocaba el aparato, é inflaba el globo, nos pusimos á calcular la distancia de la Luna, su estado actual, y la brevedad de nuestro descenso por la gravitacion, y estas operaciones nos dieron los resultados siguientes:” (*que omitimos por demasiado matemáticos para la comprension popular.*)*

„El globo estaba ya queriéndonos elevar, y felizmente soplabá un viento norte, que debia conducirnos fuera de la tierra; por lo que aprovechando esta oportunidad, nos despedimos, como para siempre, de nuestros amigos, y colocándonos en nuestra frágil barquilla, nos abandonamos al insondable abismo que se nos presentaba, con el mismo denuedo con que Marco Curcio se arrojó en el espantoso precipicio, abierto en la plaza de Roma⁹, pudiéndose decir de nosotros lo que de él dijo un poeta:

..... Ya el clamoreo
De la turbada gente le señala,
Mirando al hondo seno, con deseo
De lanzarse arrogante. Ya se ecshala [*sic*]
En ansia noble de tan gran trofeo.
Contempla firme, la visera cala,
De espuela, salta, se hunde... En fin, perdióse!
Tembló la tierra en pos, y derrumbóse.”

„Eran las once del dia cuando dejamos nuestra morada terrestre para ir á buscar en los cielos un planeta fugitivo, pero querido y admirado de nosotros. Nos elevamos como unos dos mil piés ingleses sobre la superficie de la tierra, y alcanzamos á ver en ella un océano inmenso de hielo, entre cuyas montañas se hallaba nuestro buque como

una media nuez en los desiertos arenosos de la Arabia. La luz que nos alumbraba, era tan débil como la del crepúsculo, y no nos permitía gozar por mas tiempo de aquel magnífico espectáculo; y así por esto, como porque sentíamos helada nuestra sangre, nos alejamos de la tierra, dejándonos llevar horizontalmente por el viento ácia al [*sic*] espacio.

Mas de dos leguas habíamos caminado en este sentido, cuando conocimos que nuestra respiracion se iba haciendo un poco difícil, por lo que nos apresuramos á abrir el paracaída y abandonar el globo. Asidos fuertemente del timon, y abrazados uno de otro, parecíamos en la amistad a Cástor y Polux, pero no en lo semidioses¹⁰; porque si hemos de decir verdad, nos aguijoneaba algun tanto el temor. Nos precipitamos en fin, bajando con una rapidéz inconcebible por todo el diámetro de la tierra, de cuya atmósfera todavía gozábamos; pero sea por la velocidad de nuestro descenso, ó por la distancia en que nos hallábamos, ó lo que es mas cierto, por la poca luz que nos guiaba, nosotros no pudimos descubrir en la tierra objeto alguno capaz de fijar nuestra atencion, solo veíamos una gran mole obscura y lejana. Cinco dias con sus noches (si es que en el espacio puede haber noches y dias) fueron necesarios para recorrer las 2.865 leguas de su diámetro, por lo que inferimos que nuestro descenso diario era de 573, por lo que no dejó de desalentarnos infinitamente, pues á este respecto necesitábamos emplear 149 dias para vencer la distancia de 85.324 leguas, y no teníamos seguridad ni en nuestras fuerzas, ni en la duracion de el agua, víveres y aire atmosférico que llevábamos. Sin embargo, por muy tristes que fuesen estas reflexiones, nos era ya imposible retroceder, y así es que despues de haber establecido, un plan de economía, nos entregamos ciegamente en los brazos de la Providencia.

Casi habíamos perdido de vista la tierra, cuando sentimos una especie de atraccion ácia á ella, que nos condujo horizontalmente al Norte, colocándonos bajo el hemisferio inferior, y nos tuvo suspendidos algun tiempo, sin que pudiese obrar la gravitacion. Esto fué lo mismo que ponernos en direccion del sendero de la Luna, porque á pocos momentos percibimos que al fin se nos dejó deslizar en el espacio... ¡Qué soledad tan espantosa! ¡Qué silencio tan imponente! No nos alumbraba el sol de nuestro sistema, porque impedia sus rayos la tierra; pero recibiamos la luz escasa de otros sistemas solares muy lejanos, que nos dejaba ver un cielo purísimo, tachonado de brillantes estrellas, y sembrado de infinidad de mundos y constelaciones. ¡Qué mortales se vieron jamás en tan augusto destino! Estábamos como divinizados: ni la sed, ni el hambre nos fatigaban; y lo que es todavia mas admirable, conocimos que con el éter no teníamos necesidad del aire atmosférico, y nos aliviarnos de su peso. Millares de millas recorrimos sin sentirlo; y al fin, despues de algun tiempo, cuya duracion no pudimos medir, sentimos que un poder desconocido nos atraia rápidamente ácia abajo... Era la atmósfera de la Luna¹¹, que estaba entonces opaca por la absoluta interposicion de la tierra entre los rayos solares.

Temíamos caer en algun mar ó lago¹²; pero no fué sino de un modo muy suave sobre un campo de amapolas y madre selvas¹³. Entonces vimos con sorpresa que la Luna de este planeta era la misma tierra que dejábamos, aunque aparecia de una magnitud 55 veces mayor que la nuestra¹⁴. Sacamos luego el plan geográfico de Herschell¹⁵, y conocimos hallarnos en la parte oriental de la Luna, y que pisábamos un terreno de extraordinaria fecundidad. Como estábamos en un mundo desconocido, é ignorábamos si sería habitado por naciones antropófagas ó civilizadas, tomamos la prudente precaucion de cerrar nuestro paracaída, y ocultarnos entre las malezas, en espera de que la Luna fuese iluminada por el sol. Durante la obscuridad, que fué bien larga, no vimos ser alguno racional, si no es que se quiera dar este nombre á unos grandes monos

alados, que pasaban muy de tarde en tarde sobre nosotros á la altura de doscientas varas, y que viven en grandes familias dentro de las cavernas¹⁶.

Cuando la Luna estuvo completamente iluminada, recorrimos sin senda ni vereda (porque no las habia) la mayor parte del continente en que nos hallábamos, y solo advertimos una naturaleza yerma y salvaje. Desde las mas elevadas colinas, no pudimos descubrir caserios, sembrados, ni algun otro indicio de la inteligencia humana. La tristeza que inspiraba esta melancólica soledad, el silencio pavoroso que reinaba en toda ella, apenas interrumpido por los roncros acentos de las aves, las voces de algunos cuadrúpedos extraordinarios, y el murmullo de varios arroyos, todo, todo conspiraba á hacer difícil la posicion de dos europeos nacidos en el pais mas civilizado de la tierra. A pesar del horror que nos causaba este desierto, resolvimos visitar hasta el último rincón del planeta, y alimentándonos solo con frutas silvestres y raices de desagradable sabor, nos dirigimos ácia la parte occidental de la Luna, que encontramos igualmente desierta, en términos, de que si hubiésemos llevado con nosotros alguna Eva, hubiéramos podido ser los Adanes de este nuevo mundo.

Al pasar por un frondoso valle de unas tres millas de diámetro, nos llamó fuertemente la atencion el color de las montañas que lo rodeaban, que eran de un hermoso encarnado, salpicado á trechos de puntos negros y brillantes, como la mas vistosa venturina. Uno de nosotros que tenia algunos conocimientos geológicos, se acercó á ecsaminar la falda de la mas pequeña de dichas montañas, y haciendo saltar con una piedra muy dura la primera capa roja que la cubria, apareció una lámina de oro, sin mezcla alguna de otra sustancia, y tan puro el metal, como si hubiera sido recogido y amalgamado con el mercurio. Nuevas pruebas nos convencieron de la riqueza extraordinaria de estas rocas, y sin cuidar de analizar el pais, nos dedicamos á extraer grandes pedazos de oro, cuyo peso debería servirnos para hacer mas rápido nuestro descenso á la tierra. Estábamos muy ocupados en tan grata operacion, cuando oímos una voz que en buen aleman nos decía... *¡Pedro!... ¡José! ¿En qué piensan ustedes? ¡Hace media hora que amaneció, y aun no sacan el ganado!* Era la voz de nuestro padre *Angelo Vericrer, que venia á despertarnos.* ¡O señor Duque de Berg, le contesté yo, permítame V[uestra] E[xcelencia] siquiera saborearme en sueños de su grandeza, y de nuestra fortuna, ya que no es dado á los pastores, escalar los cielos, ni ser hijos de tan gran personaje!

Notas

¹ Fue primero condado y luego ducado, con capital en Düsseldorf, actual Alemania.

² Existen diferencias considerables entre leguas terrestres y marítimas, mismas que varían entre algunos países. Puesto que desconocemos la nacionalidad del autor/a, hay que asumir, por el lugar de impresión de la obra, que se refiere al sistema de pesas y medidas utilizado en el México de aquella época. Aquí, hasta tiempos recientes en zonas rurales, se respetó el criterio original, para medir una legua, con la distancia que puede recorrerse a pie en una hora; aunque se ha establecido, tradicionalmente, la equivalencia de 4.19 km (4,190m) por legua. Bajo este criterio, las 85,324 leguas del texto, equivalen a 357,507.56 km. En cambio, si el autor/a pensó en leguas terrestres estadounidenses, a razón de 1=4.828042km, el cálculo sería de 411,947.856 km, es

decir, una diferencia, entre uno y otro, de 54,5440.296 km. El cálculo más reciente, sobre la distancia media entre la Tierra y la Luna, es de 384.400 km.

³ Globo aerostático. Así llamado en homenaje a sus inventores, los hermanos Joseph-Michel y Jacques-Étienne Montgolfier, que realizaron su primer ascenso el 21 de noviembre de 1783.

⁴ A partir de los primeros ascensos en globos aerostáticos, era un hecho científicamente comprobado que el aire se enrarecía a cierta altura (Poe 14-5).

⁵ No hemos descubierto el nombre del astrónomo que lo sugirió en el pasado. Recientemente, esta teoría ha sido defendida por Robin Canup.

⁶ El primer boceto de un paracaídas proviene de un autor italiano anónimo, hacia 1470, poco más de una década antes de que da Vinci hiciera el propio dentro del ahora llamado Códice Atlántico.

⁷ Las Islas Cocos o Keeling, en honor a su descubridor, son actualmente territorio externo de Australia. Fueron descubiertas en 1609 y colonizadas hasta 1826, por el inglés Alexander Hare.

⁸ El título del diario significa la mentira, en lengua francesa.

⁹ Personaje mitológico que se sacrificó a los dioses del Hades cuando el oráculo dijo a los romanos que una grieta abierta en medio del foro no podría cubrirse sino hasta que se entregara la posesión más valiosa del país. Marco Curcio contestó que esto último sólo podría ser el valor de los ciudadanos, precipitándose con todo y caballo en dicha grieta, la cual se cerró en cuanto ambos desaparecieron en ella.

¹⁰ Héroes griegos, hijos de Leda. El padre de Cástor fue Júpiter, y el de Pólux, Tíndaro, rey de Lacedemonia.

¹¹ De acuerdo con el relato que Locke atribuyó a Herschel, su telescopio demostró “that the moon has an atmosphere constituted similarly to our own, and capable of sustaining organized, and therefore, most probably, animal life” (Herschel 73).

¹² En el mismo relato de la nota anterior, se describen diversos mares y lagos (Herschel 73-4, 85, 91, 96, 115).

¹³ También la flora lunar es descrita en toda su diversidad y abundancia: árboles, flores, así como “varieties of vegetation” (Herschel 72-3, 75, 86-7).

¹⁴ El diámetro terrestre es 3.7 veces mayor que el de nuestro satélite natural, por ello aparecería desde el horizonte lunar como un disco con un área unas 13 veces mayor que el de la Luna vista desde la Tierra (Holdrege).

¹⁵ Se refiere a la obra que le atribuyó Locke en su relato, y que se supone pronto daría a conocer.

¹⁶ Se trata de la especie *Vespertilio-homo* (Herschel 94-8, 107-9, 115-6), que se anunció haber sido descubierta en la Luna en el Gran Fraude Lunar, de la que también hemos hablado en la introducción a este relato.

Obras citadas

Fernández Delgado, Miguel Ángel. “Cuando el Santo Oficio realmente fue santo”, <http://zanzala.ufjf.emnuvens.com.br/zanzala/article/view/2110/1520>. Consultado el 22 de abril de 2016.

García Gual, Carlos. Introducción. *Luciano de Samósata: Relatos Fantásticos*. Madrid: Mondadori España, 1991. vii-xxiv. Impreso.

Gove, Philip Babcock. *The Imaginary Voyage in Prose Fiction*. London: The Holland

-
- Press, 1961. Impreso.
- “The Great Moon Hoax” http://hoaxes.org/archive/permalink/the_great_moon_hoax. Consultado el 17 de mayo de 2016.
- Griggs, William N. *The Celebrated Moon Story: Its origin and incidents with a memoir of the author*. New York: Bunnell and Price, 1852 (facs. Delhi: Market Ashok Vihar, 2015). Impreso.
- Hall, Stephanie. “Belief, Legend, and the Great Moon Hoax”. <https://blogs.loc.gov/folklife/2014/08/the-great-moon-hoax/>. Consultado el 10 de marzo de 2016.
- Herschel, John. “Great Astronomical Discoveries lately made by Sir... at the Cape of Good Hope. First published in the *New York Sun*, from the Supplement to the *Edinburgh Journal of Science*” (Griggs: 3-116). Impreso.
- Hill, Gillian. *Cartographical Curiosities*. London: The British Library, 1978. Impreso.
- Holdrege, Henrike. “The Earth seen from the Moon”. http://natureinstitute.org/pub/ic/ic18/from_moon.htm. Consultado el 26 de junio de 2016.
- “Ignacio Cumplido, notable personaje del México decimonónico”, en <http://www.mexicodesconocido.com.mx/ignacio-cumplido-notable-personaje-del-mexico-decimononico.html>. Consultado el 22 de abril de 2016.
- Lear, John. *El Sueño de Kepler*. México: Dirección General de Divulgación de la Ciencia, UNAM, 2005. Impreso.
- Mahieu, José Agustín. Introducción. *Las Peregrinaciones*. Por Fernão Mendes Pinto. Madrid: Alfaguara, 1982. xiii-xlv. Impreso.
- Moreno Valle, Lucina. *Catálogo de la Colección Lafragua en la Biblioteca Nacional de México (1821-1853)*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1975. Impreso.
- Paltock, Robert. *Life and Adventures of Peter Wilkins*. London: Reeves & Turner, 1884, en <http://www.gutenberg.org/files/21513/21513-h/21513-h.htm>. Consultado el 23 de abril de 2016.
- Poe, Edgar Allan. *The Complete Tales and Poems of...* New York: The Modern Library, 1938. Impreso.
- Restif de la Bretonne, Nicolas Edme. *La découverte australe par un homme volant, ou le Dédale français*. Leipsick, 1781, 2 vols: <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k101918m>; <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1019190>; ilustr. <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b22000982>. Consultados el 24 de abril de 2016.
- Trousson, Raymond. *Historia de la Literatura Utópica: Viajes a países inexistentes*. Barcelona: Península, 1995. Impreso.
- Versins, Pierre. *Encyclopédie de l'utopie des voyages extraordinaires et de la science fiction*. Lausanne: L'Age d'Homme, 1972. Impreso
- Villaseñor y Villaseñor, Ramiro. *Ignacio Cumplido: Impresor y editor jalisciense del federalismo en México*. Guadalajara: Talleres de Tipografía Et Caetera, 1974. Impreso.